

Roma, 13 de junio de 1998

Respuestas a amigos musulmanes del movimiento de los Focolares

Quisiéramos preguntarte, Chiara, ¿cómo te has sentido al relacionarte con fieles de otras religiones?

¡Me he sentido siempre muy a gusto! Porque aunque nuestras religiones sean diferentes, tenemos mucho en común y esto nos une; en cambio, la diversidad nos atrae, despierta nuestra curiosidad. Por lo cual, estoy contenta por dos razones: porque conozco otras cosas, entro en la cultura del otro, pero también porque encuentro hermanos iguales en cuanto creemos en muchas cosas semejantes.

La más importante es la famosa «regla de oro»: «No hagas a los demás lo que no quieres que otros te hagan». Esta frase está presente en los libros sagrados de todas las religiones más importantes. Para los cristianos está también en el Evangelio.

Quiere decir: trata bien a tus hermanos, ten mucha estima de tus hermanos, ama a tus hermanos. Entonces, cuando ellos descubren esta frase en su propia Escritura y yo en la mía, yo amo, ellos aman, el resultado es que nos amamos y ésta es la base para empezar a vivir la fraternidad universal.

¿Qué sientes en tu interior cuando encuentras a un hermano o hermana de otra religión?

Siento un gran deseo de fraternizar, de tener enseguida una relación fraternal.

Cuando iniciaste el Movimiento de los Focolares, estaba formado sólo por católicos. ¿Me puedes decir cómo conseguiste sensibilizar a personas de otras religiones y unirlos entre ellas haciéndoles entender el amor a los demás de un modo tan sencillo?

Nos pusimos a amar, porque el Evangelio decía que amáramos. Amar es la palabra síntesis de toda la religión cristiana. Amar: ahí está todo.

Ahora bien, como estamos esparcidos por todo el mundo, si uno de nosotros se encontraba con un budista, un musulmán o un hindú, lo amaba porque hay que amar a todos. Es así como se estableció un contacto, amándolos sencillamente.

Después, como ya mencioné antes, descubrimos que todas las religiones, sobre todo las más importantes, contienen algunas verdades iguales a la nuestra. Entonces, a partir de sus Escrituras, pusimos en evidencia especialmente aquellas verdades que correspondían a los pilares de nuestra espiritualidad, pues entendimos mayormente que este carisma lo había preparado Dios para muchos.

El camino que recorre la concreción de tu ideal no está seguramente exento de dificultades, como sucede siempre con las grandes obras a beneficio de la humanidad. ¿Nos puedes decir, aunque sea brevemente, las dificultades que has encontrado?

Son las mismas dificultades que encontrareis también vosotros. La primera es una dificultad interna. Puede ser que algunas veces se diga: «Ahora se acabó, me cansé de amar, vivo mi vida, enciendo la televisión, la miro, voy a beber algo... ». Es lo que san Pablo llama “el hombre viejo”, es decir, ese comportamiento humano que tiende al egoísmo y a las pasiones. En cambio, cuando amamos, cuando vivimos nuestro ideal, tenemos al “hombre nuevo”.

Pero hay que tener práctica, ser atletas del espíritu. Así, poco a poco se llega a vivir incluso todo el día como “hombres nuevos”; no perfectamente, claro, porque somos siempre pecadores, pero se llega. Por tanto, la primera dificultad la encontraréis en vuestro interior, viene de nuestro “hombre viejo”.

Nosotros, como Movimiento, hemos encontrado también muchas dificultades externas. Puesto que ya desde el comienzo tratamos de amarnos unos a otros totalmente, como los primeros cristianos que ponían en común hasta sus bienes, se nos acusaba de ser comunistas. Sabíamos que no era verdad y también nuestros obispos lo sabían. Pero ahí estaba esta acusación.

O bien, como leíamos el Evangelio con gran interés y lo llevábamos a la práctica, algunos decían: «Son protestantes».

En fin, os llegarán muchas acusaciones también a vosotros y me las contaréis, pero hay que ir adelante.

En los temas que preparas para nosotros citas el Corán haciendo un paralelo con pasos del Evangelio y esto me ha admirado. ¿Qué te ha impulsado a ello?

Me ha impulsado esto: pensando que el Islam es una gran religión y se fundamenta en Dios, me dije: «Aquí estamos ante algo serio... Verás que encontraremos también en el Corán aquellas verdades fundamentales que Dios nos subrayó en el Evangelio, de modo que las podamos vivir juntos y así estar ya, en cierta forma, unidos». Entonces fui a buscar, me ayudaron a buscar y las encontré. Por tanto vamos adelante.

Como musulmanes, ¿en qué modo hacer frente al sufrimiento?

Para explicar bien esto, hay que decir antes que en la vida espiritual es necesario vivir siempre el momento presente. No se puede vivir el pasado porque ya se fue, lo arrojamos en la misericordia de Dios. No se puede vivir el futuro porque todavía no está. Es necesario vivir el presente, es lo inteligente de la vida espiritual: vivir ahora, de lleno, ahora.

Por ejemplo, sé que entre nosotros, a una persona que está próxima a morir, se le aconseja siempre que viva el presente, porque es lo más razonable.

Por consiguiente, con esta premisa, os digo ahora cómo hay que considerar el dolor.

El dolor es muy valioso, no es algo que hay que descartar. Con respecto a ello me ha causado una hermosa sensación la tradición musulmana que tiene una frase casi igual a la de Jesús que dice: «Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda él solo; pero si muere da mucho fruto» (Jn 12, 24). Equivale a decir que si no sabemos aceptar el sufrimiento, morir un poco a nosotros mismos, no damos ningún fruto, seremos estériles toda la vida; en cambio, si aceptamos el sufrimiento y morimos, daremos mucho fruto.

Si me preguntaseis cual es el carburante que lleva adelante esta Obra, os respondería que es el dolor aceptado.

Cuántas personas, incluso ahora por este encuentro, ofrecen sufrimientos, dolores, también la propia muerte; y me lo señalan cada día: «Aquella tal señora ha partido al Cielo, ha ofrecido todo por la Obra, por este momento». «Este señor se enteró que tenía un tumor, lo ha aceptado todo por este momento». Y esto porque sabemos que el dolor vale muchísimo.

Ahora bien, la religión musulmana habla también de un grano de trigo sembrado en la tierra y, por tanto, a su manera, reconoce el valor del dolor. Dice que algunas personas que parecen aniquiladas por el sufrimiento, resurgen después con mil vidas. Por consiguiente, el dolor tiene una gran valía. Es un elemento constitutivo de la vida espiritual.

¿Qué hacer, entonces, cuando llega?

Lo repito, hay que vivir bien el momento presente. Por eso, cuando llega un dolor se va al fondo del corazón, como cuando se reza -sabemos que Dios está en todas partes, por lo tanto también en el fondo de nuestro corazón- y se le dice a Dios: «De acuerdo, acepto y te lo ofrezco, por ti». Después, seguidamente hay que seguir haciendo la voluntad de Dios que puede ser, por ejemplo, venir aquí y escuchar; o bien salir para hacer la compra, leer, estudiar... Esto hay que hacerlo enseguida. Os aseguro, y es nuestra experiencia ya de décadas, que muchos dolores, especialmente espirituales, se esfuman, desaparecen, ya no se sienten. Probad: es un reto, pero es verdad.

Conociendo el Movimiento y sus miembros, he notado que tú misma y algunos otros no se casan. Ya que para nosotros el matrimonio es muy importante, ¿me podrías explicar esta decisión vuestra? ¿No sería mejor casarse para transmitir a los propios hijos esta belleza que he notado precisamente en estas personas?

Ante todo digo que también en la Iglesia, entre los cristianos, el matrimonio se considera un estado de vida maravilloso. Y esto no sólo desde la perspectiva humana, sino también desde el punto de vista sobrenatural. Está sellado incluso por un sacramento, y esto quiere decir que para nosotros es una cosa que viene de Dios. Dicho esto, existen en el mundo cristiano, sobre todo católico, personas que en cambio eligen la virginidad. Entre ellas estamos también nosotros, algunos de nosotros aquí presentes.

¿Por qué hemos hecho esta elección? Porque Dios nos ha llamado, pero también porque hemos visto que Jesús era virgen, María era virgen, aunque madre; y también algún apóstol, como san Pablo, no se casó.

Además sentimos que, con la virginidad, se puede llegar a muchas más personas. En efecto Jesús encomienda la virginidad y habla de ella con gran estima, porque ve la posibilidad de tener todo el tiempo para trabajar por Dios, para difundir el Reino de Dios. Y en efecto, es así.

Naturalmente, cuando se vive bien esta virginidad, se llega a ser también nosotros madres o padres espiritualmente, y se tienen muchos hijos.

Pero ¿sabéis que me llaman «mamá» en todo el mundo? Ayer supe que un monje budista va por todas partes diciendo: «Yo soy un budista, monje budista, pero hijo de una madre cristiana». Así dice siempre.

Por tanto, en cuanto a maternidad, no nos falta. Se trata de otra maternidad, la maternidad espiritual.

Descubrir el Movimiento de los Focolares me ha llenado de alegría y me ha abierto los ojos sobre cómo ser musulmana. ¿Qué me aconsejas para compartir este tesoro con otros musulmanes y que lo comprendan como lo he comprendido yo?

El camino es éste: hay que ir para amar. Si te encuentras con uno que sufre, trata de ayudarlo. El amor nunca está hecho sólo de palabras: «Te amo, te amo». El amor siempre lleva consigo actos concretos, es dar de comer a los hambrientos, ayudar al que sufre... Lo dice también el Corán (cf. 2, 177 y 76, 8).

Primero hay que amar sin hablar. ¡Ay si se habla! Porque enseguida os ponen en la mira y os juzgan. Hay que amar por mucho tiempo sin hablar, hasta que alguna de estas personas amadas os pregunte: «Pero, ¿qué tienes tú? No eres como los demás, tú sabes comprender a los otros. ¿Por qué?». Entonces hablas y le dices: «Sabes, mi vida le he planteado de otra forma, he cambiado». Le dices lo poco que pueda absorber esa persona, que pueda entender; y en general lo conquistas a tu misma causa.

Referente a esto, supe que dos monjas budistas, a las cuales hablé cuando estuve en Tailandia, participaron en un congreso de nuestro Movimiento, una Mariápolis, y allí aprendieron a amar sin hablar.

Cuando volvieron a su monasterio, se pusieron a amar y las demás las vieron algo diferentes y les preguntaron la razón de ese cambio. Ahora han empezado a hablar y otras monjas se van poniendo poco a poco a amar también ellas.

¿Cómo consigues amarnos tanto, a los musulmanes, hasta hacernos sentir esta unidad tan fuerte?

Lo hago espontáneamente, no es que sigo un razonamiento; me es espontáneo; no me cuesta, es más siento una gran alegría cuando estoy con vosotros.

Pero no es una cosa simplemente humana, creo que dependa del hecho de que en todo esto está presente el Espíritu de Dios.

Chiara, ¿qué te ha parecido la experiencia con tus hermanos musulmanes?

Es como si los hubiese conocido de siempre. Me siento entre hermanos y hermanas. Lo atribuyo a la fe común en Dios.

¿Cómo ves realizarse en un futuro la unidad entre cristianos y musulmanes?

Esto lo sabe Dios. Yo no lo sabría ni siquiera imaginar. Dios lo sabe. Será una cosa muy hermosa, pero sólo Dios lo sabe.